

—Porque, oiga usted.... creo que Sánchez....

—¡Oh! Sánchez! Sánchez! dijo Ketty con cierto enfado, Sánchez tiene malos negocios y no hace pagos este mes; Sánchez no sabe cumplir.

—¿Quiere decir que no volverá á visitar á usted?

—Sí señor, Sánchez puede venir, pero el señor Sánchez no es amigo mío, yo le recibiré como un otro cualquiera.

Aquello era cuanto Don Aristeo necesitaba para ser feliz y solo pensaba que el tiempo era precioso y que no debía sino emplearlo convenientemente.

Apresuró su despedida proponiéndose volver cuanto antes para fijar definitivamente su posición con respecto á Ketty.



CAPÍTULO XI.

SIGUE LA TRIBULACIÓN DE SÁNCHEZ
Y EMPIEZA LA DE DOÑA
CEFERINA.

MUY poco tiempo tardó Sánchez en convencerse de que Amalia lo había abandonado y por primera vez en su vida sintió todo el horror de los celos y toda la rabia de la impotencia.

Ya había combinado no sabemos cuántos infernales planes de venganza, cuando recibió una carta de Amalia, concebida en estos términos:

«Sánchez:

»Todo ha concluído entre nosotros: será inútil cuanto se haga porque vuelva al lado de usted: porque mi resolución es irrevocable; resuelta á todo, espero impasible cuanto pueda sobrevenirme. Doy á usted las gracias por no haber querido nunca legalizar nuestra unión, pues esto sería hoy un lazo que tendría que respetar á pesar mío. Sea usted feliz y adios para siempre.

Amalia.»

Estaba reservado á Sánchez este momento para conocer todo lo que amaba á Amalia, y sentía la más amarga desazón al considerarse abandonado sin remedio.

Conoció que de todos los golpes que le esperaban, éste sin duda era el que lo afectaba más profundamente, y se entregó al más íntimo y amargo dolor.

Don Aristeo lo encontró llorando.

—¡Compadre exclamó al verlo entrar, soy muy desgraciado.

Don Aristeo se encogió de hombros, pero se sentó á su lado.

—Vamos á ver, compadre, ¿por qué se aflige usted de ese modo?

—Porque no puedo conformarme con lo que me pasa, y quiero tentar todos los medios antes de tomar una resolución desesperada.

—¿Pues qué es lo que quiere usted hacer?

—En primer lugar, averiguar dónde está Amalia y luego, que usted, compadre, la vea, ofreciéndole que le daré garantías de paz y seguridades para el porvenir; puede usted hacerle patente que con respecto á Ketty, no hay nada ya, y aún pudiera usted hacerle creer que he dado este paso por conciliar la tranquilidad doméstica.

—Está bien, compadre, haré todo lo que usted me ordene y veremos si consigo algo favorable.

—Y sobre todo, antes que se sepa; figúrese usted, compadre, qué papel haré di-

ciendo que Amalia me ha abandonado; y luego, en momentos en que mis negocios andan mal: ofrézcale usted, compadre, cuanto quiera, y pase usted á mi nombre por todo, consiga usted que tengamos una conferencia.

—Pero..... piénselo usted bien, compadre: el paso que ha dado Amalia, es de tal naturaleza, que en mi concepto no debía usted promover un avenimiento.

—Si solo atendiera á mi dignidad ultrajada, sería así; pero hay algo superior á todo, y es, que la amo: compadre, la amo sin que yo mismo haya podido darme cuenta de lo inmenso de este amor, sino hasta el momento de perderlo.

—En todo caso, dijo don Aristeo, mi opinión es, que no debe hacerse nada precipitadamente, ni tomar resolución alguna en estos momentos de efervescencia y de ceguera: yo le ofrezco á usted solemnemente averiguar como están las cosas y le daré á usted cuantas noticias sean conducentes, para que en vista de ellas tome usted su re-

solución, y que en todo caso, ésta sea bien meditada y prudente.

Mucho trabajo costó á don Aristeo hacer desistir á Sánchez de sus proyectos, y sólo después de una larga y acalorada discusión, logró que aceptara sus consejos de manejarse con prudencia, para lo cual se pusieron de acuerdo los dos compadres en que, á reserva de averiguar el paradero de Amalia, y las circunstancias de su fuga, se corriera la voz de que, de acuerdo con la familia, estaba mudando temperamento en Tacubaya ó en cualquiera de los pueblos de los alrededores de la capital.

Esta reserva que á Sánchez y á don Aristeo les pareció de fácil salida, fué de todo punto imposible tratándose de doña Felipa, de doña Anita y sobre todo, de doña Ceferina, quien no tardó en presentarse á la hora del chocolate, muy atribulada por supuesto, y llena de aflicción por aquel ruidoso acontecimiento.

—Ahogándome, Felipita, ahogándome; pero ya sabes que en tratándose de un cui-

dato soy la primera; con que... ¿qué tal va de pesadumbre? ya me figuro cómo estará esta casa; crea usted Felipita, que no he podido pensar en otra cosa. Yo estaba muy quitada de la pena en casa de las Rodríguez, cuando me dice doña Juanita:—¿qué dice usted, doña Ceferina de mi alma, la desgracia del señor Sánchez?—¡Ave María Purísima! ¿qué desgracia? pregunté yo muerta de susto.—¿qué desgracia ha de ser, será posible que usted no sepa nada siendo de la casa?—Pues no sé nada—¡Ande usted, me dijo doña Juanita, pues la cosa es seria! Figúrese usted que Amalia se ha salido de su casa!—¡Es posible!—Y poderoso, me contestó doña Juanita, como usted lo oye, mi alma; y se habrá usted quedado de una pieza como yo me quedé. Y positivamente me quedé como si me hubieran echado encima un jarro de agua fría; pero considerando cómo estaría usted, me vine en el momento, haciendo hasta la grosería de dejarles el chocolate en el cuerpo, porque ya lo habían mandado hacer.

Doña Ceferina no se hubiera perdonado nunca tomar resuello antes de concluir su parlamento con el pedimento del chocolate, pero redondeado ya su discurso, con aquel incidente esencial, esperó tranquila á que doña Felipa tomara la palabra.

—Pues ya debe usted figurarse cómo estaré, doña Ceferina, porque de esta hecha, adios casa, adios comodidades, adios todo; ¡sólo Dios sabe lo que nos espera!

—¿Y qué se fué sola doña Amalia?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar todavía.

—La cosa no tiene mucho que pensarse, crealo usted, doña Felipita; nosotras nunca nos vamos solas. ¿Venía don Ricardo todas las noches? pues con don Ricardo se fué; no hay que dudarle.

—Sí; pero eso no pasa de una suposición.

—Ya se ve que es una suposición; ¡ni cómo me había yo de atrever á asegurarlo, ni á darlo por hecho! pero en fin de algo le han de servir ¡á uno los años que ha vivido y las cosas que ha visto.

—¡Por de contado!

—Y el pobrecito de su hermano de usted ¿qué tal estará, muy apesadumbrado? ó no?

—Está que no tiene consuelo.

—¡Vea usted! pues yo no lo hubiera creído; ya sabe usted, por aquello de la extranjera.

—Pero eso, ya acabó.

—¡Ya acabó! ¡Bendito sea Dios! tengo eso más que agradecerle á mi Santo Señor del Buen Despacho, porque, créalo usted, doña Felipita, yo no me olvido de nadie en mis oraciones; y aunque mala y pecadora, todavía no estoy tan mal parada con algunos santos de mi devoción, que me hacen cada día nuevos milagros; todo por la infinita misericordia divina. ¡Vaya, mi alma! con que no hay mal que por bien no venga, y bien vengas mal si vienes solo, porque de que á una se le juntan, es cosa de morir. Y dígame usted..... ya sabe usted lo que son las gentes, que tienen una lengua que hasta miedo da, ¿será cierto que el

señor Sánchez, su hermanito de usted, está el pobrecito muy mal en sus negocios?

—¿Quién le ha dicho á usted?

—Eso sí que no puedo decir, porque ya sabe usted mi sistema, mi alma, el pecado se dice pero no el pecador. Y á todo esto: ¿qué dice de esta desgracia el señor don Aristeo?

—Figúreselo usted al pobre tan corto de espíritu; es cosa que habla solo, y ni come; todos los días se viste y se sale á la calle, porque anda muy ocupado en los negocios de mi hermano, á tal grado que hasta de noche sale, y se recordará usted, esto no lo hacía nunca.

—¡Pobre de don Aristeo! ¡es tan bueno! Y vea usted, yo nunca creí que consiguiera quitarle al señor Sánchez el quebradero de cabeza; es buena que me eché á reír cuando me dijo que iba á ver á esa señora.

—Pues hasta ese sacrificio ha hecho el pobre de don Aristeo.

—¡Y vaya si es sacrificio tratar de buenas á primeras con una mujer de esas sin

religión y sin moralidad! ¡Y luego, lo que pensarán las gentes de verlo entrar en casa de semejante alhaja! Son muy capaces de creer, que el pobre de don Aristeo, va allí con otros fines, porque de todo sacan partido y todo lo comentan. ¡Si le digo á usted que ya no se puede vivir sin tener por delante más de cuatro ojos que la fiscalicen á una sus acciones!

Doña Ceferina tuvo materia abundante para platicar el chocolate de aquella tarde, atesorando á la vez preciosos datos con que sostener, por algunas semanas, sus sobremesas y sus habladurías.



CAPÍTULO XII.

LOS ESTRAGOS DEL TIEMPO.

EN el punto á que han llegado las cosas en el capítulo anterior, nos ha parecido conveniente poner al lector en situación de juzgar por medio de una mirada retrospectiva.

Después de cierto tiempo es cuando volvemos á seguir los pasos de nuestros personajes.

Comencemos por Sánchez, por ser uno de los tipos de nuestra predilección.

Sánchez no pudo conjurar la tempestad.